

La solución está en Shakespeare

F. Redondo

Un mat suffit! Que dis-je, un mot? Un geste...
(«Cyrano de Bergerac», acto II, escena IX)

Edmond ROSTAND

Al recorrer un último recodo del camino se divisó ya la casa, situada casi en la cima de una pequeña loma. Era grande, aunque no muy alta, alargada y de un perfil singular, pintada de blanco y con un amplio zócalo de un azul tan intenso que producía un reverbero hostil y metálico, incluso a la luz incierta del anochecer. El viento bandeaba con fuerza el oscuro bosque de árboles centenarios que la rodeaba, dando al conjunto el aspecto de un mar tenebroso y violento, que azotara incansable un barco misterioso y extraño, varado en un lugar imposible. El camino, más adelante, casi se escondía al pasar bajo un puentecillo sobre el que discurría una vía de tren abandonada. El coche que nos precedía, ocupado por los policías de uniforme, se detuvo a la orilla del camino, a una prudente distancia desde la que se veía el caserón, y dejó paso al nuestro, el ocupado por los dos inspectores y yo mismo.

A medida que nos acercábamos a nuestro objetivo final, y a pesar de mi certeza de que todos los detalles acumulados hasta entonces no podían llevarnos sino a un único desenlace lógico, me asaltó la duda de si, a fin de cuentas, no sería todo una fantasía mía, producto de una imaginación mal controlada durante los últimos meses. Reafirmaba mi confianza la presencia de los dos inspectores, de una acreditada profesionalidad que,

si bien al principio acogieron con reservas mis especulaciones, habían ido después, poco a poco, convenciéndose también de la racionalidad de las mismas. Ahora parecían estar completamente de acuerdo con mis deducciones y fueron ellos ya los que decidieron dar el paso final, escogiendo una hora avanzada, casi de noche y provistos de la oportuna orden judicial, para proceder al registro de la casa y de la finca entera. Todo había empezado hacia cinco meses. Recién elegido Secretario de Cormédar (Corporación de Médicos Artistas), escribí una carta de salutación a todos los asociados, poniéndome a su disposición y delineando algunos de los objetivos que la nueva Junta Directiva se proponía alcanzar durante su mandato. La carta era una toma de contacto inicial y no esperaba recibir contestación de nadie. Sin embargo, a los pocos días llegó una respuesta, desde una pequeña localidad de un valle del Pirineo, en la que el Dr. D. Miguel Herrera Cobos, uno de los más veteranos de Cormédar (tenía ya 93 años, según nuestros archivos), me escribía, de su puño y letra, con una grafía difícilmente legible, felicitándome por mi nombramiento.

En el último párrafo me comentaba algo sobre la última obra de teatro de nuestro Presidente, en la que éste jugaba con la hipótesis de que Shakespeare no hubiera sido, en realidad, el autor de sus inmortales obras,

Palabras clave: Colaboración literaria. Shakespeare. Anagrama.

Fecha de recepción: Febrero 2002.

Seminario Médico

Año 2002. Volumen 54, N.º 2. Págs. 102-109

sino que éstas hubieran sido el fruto del ingenio del sexto conde de Derby, William Stanley. Para el Dr. Herrera, el hecho de atribuir a otro las obras de Shakespeare le parecía verosímil, aunque, en su opinión, casi con toda seguridad el autor no era otro que Sir Francis Bacon. Se basaba, sobre todo, en un latinismo desmesurado y absurdo que aparecía en la obra de Shakespeare *Love is Labour's Lost* (*Trabajos de amor perdidos*) y que por su misma extrañeza no podía haber sido puesto allí sin alguna intención muy concreta. Se trataba de la palabra HONORIFICABILITUDINITATIBUS, que tenía que ser, por fuerza, según me contaba el Dr. Herrera, un anagrama.

Y, en efecto, exactamente con las mismas letras de dicha palabra —ni una más, ni una menos— alguien había visto, ya a finales del siglo XIX, que se podía formar la frase: HI LUDIE BACONIS NATI TUITI ORBI (*Estas son las obras nacidas de F. Bacon y guardadas para el mundo*), que Bacon habría introducido en el texto para dejar constancia, si bien de manera críptica, de la verdadera procedencia de la obra. El Dr. Herrera estaba convencido de la veracidad de esta atribución y había escrito al final de su carta, subrayándolo: «Como ves, flamante Secretario, siempre hay que saber leer entre líneas. Desgraciadamente, no se puede descubrir la verdad de otro modo». Las hipótesis que niegan la paternidad de Shakespeare y postulan otros autores para sus obras me han sido conocidas desde mi juventud y ni siquiera entonces me resultaron particularmente atractivas. No conocía, sin embargo, el anagrama que me presentaba ahora el Dr. Herrera, que me pareció, a primera vista, por lo menos muy ingenioso, tanto si se trataba de una pista realmente dejada por Bacon, como, casi aún más, si era una invención de algún estudioso de la obra del dramaturgo de Stratford. Por ello, me fui inmediatamente a mis viejas y queridas *Obras Completas* de Shakespeare y releí rápidamente la pieza teatral mencionada.

Se alzaron una vez más ante mí las rotundas, musicales, divinas palabras del inmenso bardo irreplicable. Y justamente en el acto V, escena I, en un parlamento de Costard, aparece el texto: «For thou art not so long by the head as honorificabilitudinitibus...». Allí estaba, en efecto, la palabrota, el extraño, gigantesco latinajo, que no tiene un inmediato y razonable sentido. La descomunal palabra tiene 27 letras, pero hay algunas repetidas: las letras A, B, O, U y N están repetidas dos veces; la T, tres y la vocal I, siete. Estas letras, con estas repeticiones (aquí mis querencias matemáticas me asaltaron enseguida), pueden disponerse de innumerables maneras distintas. Esto, me corrijo ahora mismo, es sólo una licencia de expresión; en realidad, todos los conjuntos son numerables; no hay ninguno, por extraordinario que sea, que no pueda expresarse por un número. Este desconcertante y grandioso Universo nuestro tiene, en un momento dado, un número concreto, exacto, de estrellas, de planetas, de átomos, de electrones, que Dios conoce, con un conocimiento perfecto en el que seguramente se complace. De hecho, el número de disposiciones distintas de las 27 letras mencionadas es exactamente igual a factorial de 27 (27!), dividido por el producto (2!*3!*7!). El resultado de este cociente es $1.125 \cdot 10^{22}$; o sea, más grande que un 1 seguido por 22 ceros, cifra realmente inabarcable por el entendimiento humano.

Por lo tanto, pensé, a pesar de lo atractivo de la hipótesis, la sentencia que atribuye las obras a F. Bacon representa sólo una de las casi infinitas secuencias que se pueden formar con las letras de la palabra latina. El que la inmensa mayoría de estas secuencias carezca, naturalmente, de sentido, deja abierta, sin embargo, la posibilidad de otras muchas que sí lo tengan. En efecto, este número de secuencias es tan grande que, aun suponiendo que sólo una secuencia de cada billón (10^{12}) tenga sentido, todavía queda la posibilidad de más de 10.000.000.000 (10^{10}) de construcciones que expresen una cierta idea, que encierran una cierta información,

por pequeña y caprichosa que ésta sea. Con paciencia e ingenio se podrían formar, y ello es perfectamente factible, otras frases, otras sentencias, con nombres de otros autores, etc. En definitiva, la verdad sigue siendo evasiva, como siempre, y esta bella e ingeniosa hipótesis no pasa de ser justamente eso, una hipótesis; es decir, un ansia de adivinación, un intento valiente y ciego de nuestro cerebro por comprender el mundo.

«*Se non è vero e ben trovato*», me dije, a pesar de todo, sorprendido por el descubrimiento del juego de palabras y con ese arroamiento íntimo que nos producen los hallazgos de verdadero ingenio. Agradecí profundamente al Dr. Herrera su regalo intelectual y le contesté, contándole yo algo de mis especulaciones matemáticas al respecto. No conocía personalmente al Dr. Herrera que era, como ya he dicho, de edad muy avanzada y, desde luego, bastante mayor que yo. Hablando con algunos de los compañeros de la Asociación pude saber, aunque tampoco nadie le había visto en los últimos tiempos, que había sido un brillante cirujano y que su mujer, una bellísima norteamericana de ascendencia irlandesa, había muerto hacía unos cinco años. No habían tenido hijos y parecía que el Dr. Herrera se había retirado, desde el primer momento de su viudedad, a una vieja casa del Pirineo, de donde prácticamente no se había movido ya nunca. Su cultura era, según me decían, vastísima y extraordinaria y había sido un hombre siempre excepcionalmente animoso, vital y muy activo; un conversador capaz de seducir a cualquier tipo de auditorio, como ocurría en las innumerables reuniones en las que participaba, muchas organizadas en su propia residencia, pues era generoso casi hasta la prodigalidad. En su juventud había ejercido durante unos años en la Argelia todavía francesa, hablaba perfectamente el árabe y conocía en profundidad el difícil e inmenso mundo de su poesía. Pero, sobre todo, dominaba, hasta sus más insignificantes detalles, la obra de Shakespeare. Se-

gún pude ver en las Actas de la Asociación, su discurso de ingreso versó sobre «*La traición en el teatro de Shakespeare*».

Mi carta al Dr. Herrera no demandaba una respuesta y, en cualquier caso, no recibí más noticias suyas, hasta que en otra ocasión, algún tiempo después, solicité de todos los asociados unos datos para confeccionar el nuevo Directorio. El Dr. Herrera me los envió y entonces, siempre con su escritura diminuta y temblorosa, casi ilegible, me escribió una segunda carta en la que me agradecía mis elogiosos comentarios sobre su conocimiento de la obra de Shakespeare. Fueron precisamente los últimos párrafos de su carta los que, sin que supiera decir por qué (hoy mismo tampoco lo sé), me hicieron imaginar un mundo sombrío, nada verosímil y probablemente irreal, en el que situaba yo la figura del Dr. Herrera y que poco a poco se me fue imponiendo tan poderosamente en mi cerebro, que quizá me ha hecho inventar una absurda conjura y, lo que es más grave, hacer participar en esta historia a miembros de la policía, a pesar de su resistencia y escepticismo iniciales. Este final de la carta era así:

A pesar de toda mi inmensa admiración por Shakespeare, también me subyuga esa poesía sencilla, instantánea, que, como un relámpago, te ilumina en un momento el corazón y te llega al mismo vértice del sentimiento. Cada vez me gusta más aquel sencillo beduino —quizá porque me siento tan viejo como él— Labid Ibn Rabi'a, que dicen que llegó a vivir 157 años, y escribió poesía como sólo podía escribirla un nómada rebelde y libre. Shakespeare es sublime. Recuerda el pasaje de Macbeth, en V.v.24... (acto V, escena v, versos 24 y siguientes). Para mí el citar exactamente es muy importante. No se logra nada citando a ciegas. El propósito de una cita es remitir al original y esto exige precisión): «La vida no es más que una sombra que pasa, un pobre cómico que se pavonea y agita una hora sobre la escena y después no se le oye más...; un cuento narrado por

un idiota con gran aparato, y que nada significa... « Pero fíjate también en la simplicidad y en la fuerza de estos versos de Ibn Rabi'a.

*«Se han ido todos aquéllos cuya vida compartí
y me he quedado solo como un sarnoso».*

Hay poemas suyos en el Subh al-A'sà, de al-Qalqasandi, una maravillosa colección que compré hace ya bastantes años en Beirut. Pero también está traducido y se le cita en una reciente antología española de poesía árabe clásica, de Hiperión. Trata de leerlo, te gustará y me comprenderás.

Nunca había oído yo hablar, por supuesto, de Ibn Rabi'a, un poeta preislámico que, según descubrí después, había muerto en el 661 y del que, en efecto, Ibn Qutayba, un filólogo de la Bagdad del siglo IX, dice que vivió 157 años. Traté de leer algo del poeta, traducido al castellano, y sólo pude encontrar unos versos sencillos y tristes, pero dotados de una tremenda valentía y sinceridad:

*«Estoy harto de la vida, de lo larga que es,
y de que me pregunten: ¿cómo estás Labid?
No me preocupa cuando vaya a perecer.
Basta ya de vivir, basta ya de una vida
tan larga que..., ¿cómo no iba a cansarme?».*

Tras la lectura de estos versos, escritos por un árabe nómada de hace casi 1400 años y, sin embargo, tan próximos, nació en mí un sentimiento de compasión y preocupación por el Dr. Herrera. Un día alguien me confirmó plenamente lo que ya sabía: a la muerte de su mujer había tenido una depresión muy grande y había desaparecido para refugiarse en su casa de campo, en la que sólo le visitaba el antiguo administrador, que se encargaba de su nada desdeñable fortuna. Ya nunca más se había dejado ver. La lujosa casa que tenía en la capital estaba ahora vacía. Por cierto que, a pesar de lo ocurrido, no dejaba de ser extraño que el Dr. Herrera —un hombre que, por lo que iba adivinando, había sabido gozar de

eso que algunos llaman la *douceur de la vie*— hubiera podido caer en esa extrema apatía o tristeza que dejaban adivinar sus cartas, incluso considerando las penosísimas circunstancias de su más reciente pasado. Como digo, las cartas del Dr. Herrera eran correctas y contestaban a las peticiones que se le hacían desde la Corporación. Por otra parte, revelaban un hombre alerta, bien informado, que conocía los últimos estrenos y publicaciones (la obra de teatro de nuestro Presidente, recién presentada en Madrid; la antología de poesía árabe, editada el año anterior, etc.) y no sugerían nada anormal. Fueron sus citas literarias las que me remitieron a un oscuro mundo de hastío y desesperanza. Sentí deseos de llamarle por teléfono, pero el número que figuraba en el Directorio no estaba en servicio y no existía, me dijeron en Información, ningún otro a su nombre. Pasaron unos días y decidí escribirle de nuevo para contarle que había encontrado la antología de poesía árabe que me había recomendado, que era realmente interesantísima, así como algunas cosas sobre la marcha de nuestra Corporación. Pasaron dos semanas sin que contestara, pero finalmente recibí una breve carta en la que me agradecía mis noticias y añadía un par de cortos párrafos que fueron los que desataron otra vez mis sospechas y en los que se halla la clave de mi razonada, equivocada o no:

No me alargo mucho más porque estoy realmente fatigado y además... ¡es tan difícil escribir! Es casi imposible expresar lo que verdaderamente uno siente. La palabra es un pobre mensajero, especialmente ahora. Sigo pensando que el más grande autor de todos los tiempos ha sido Shakespeare. Todo está en él, nada importante se quedó fuera. Todas las debilidades, todas las cobardías, todas las venganzas. Todos los enigmas, pero también todas las soluciones. He terminado de releer Ricardo II. El drama trata sólo del final de su vida, pero conozco la biografía del personaje y siento una gran simpatía por ese po-

bre rey, ascendido al trono a los diez años, casado a los quince, viudo a los veinticinco y que murió a los 33 años (probablemente se dejó morir de hambre) el V.v.1... (sé que fue el 5 de Mayo, pero no recuerdo si llegó al 1400 o murió antes del final de siglo). Me molesta no recordarlo exactamente porque las fechas son siempre de gran importancia. Siempre insisto en esto y recomiendo a los más jóvenes que presten gran atención a la historia y a estos detalles en apariencia nimios. Me pasa con esto como con las citas.

No acababa de comprender, en un hombre tan inteligente y preocupado fundamentalmente por las ideas como el Dr. Herrera, esta casi obsesión por detalles, como el de una fecha de fallecimiento, relativamente poco importantes. Por otra parte, espoleado por la curiosidad, consulté la biografía de Ricardo II y comprobé que, en realidad, había muerto en febrero, de 1400 exactamente, y no en mayo, como aseguraba el Dr. Herrera. De todas maneras, lo que llamó fundamentalmente mi atención fue el modo de escribir la fecha que había utilizado. Había escrito en números romanos tanto el día como el mes, lo que no es usual, con el carácter correspondiente al mes, más pequeño. Tal como había sido escrita la fecha me recordaba la forma normalizada y académica de citar las obras de Shakespeare y que él mismo había utilizado en una carta anterior. De repente, me vino una súbita inspiración. ¿Querría decirme algo el Dr. Herrera en clave, por broma o por cualquier otro motivo, a través del inagotable universo shakespeareano? Fui al Ricardo II, al acto V, escena v, versos I y siguientes, y, para mi sorpresa, me encontré con las palabras del rey:

*«I have been studying how I may compare
This prison, where I live, unto the world».*

This prison, where I live... Esta prisión donde vivo... Desde luego, estas palabras podrían ser un mensaje en clave. Quiero decir que, al menos, tenían un sentido y expresaban una realidad compatibles con una

secreta llamada de auxilio. También relacionaba con esto las frases anteriores de la misma carta, hablando de Shakespeare: «Todo está en él... Todos los enigmas, pero también todas las soluciones».

No había nada, al fin y al cabo, que indujera a pensar en ningún tipo de peligro o conflicto para el Dr. Herrera, que viviría, con toda seguridad, una vida tranquila y plácida en su finca. Es verdad que nadie había oído hablar de él en los últimos años, lo que resultaba extraño, siendo como era un hombre comunicativo y que había llevado una intensa vida social. Pero también su retiro era explicable, tras la muerte de su esposa y su edad avanzada. Considerando estos hechos, todo parecía absolutamente normal. Y, no obstante, un germen de duda anidó entonces en mi mente y ya nunca pude desterrarlo.

Decidí contestar su carta, aunque no requería contestación alguna, dándole alguna indicación sutil de que yo asumía la posible existencia de un código. Quería darle así una oportunidad de volver a utilizar la misma clave, si en realidad la cita de Shakespeare ocultaba alguna intención y tenía algún sentido. Si todo era una pura fantasía mía, tampoco yo desvelaba ninguna sospecha concreta por mi parte. Le di algunas noticias sobre la marcha de nuestra Asociación y al final escribí, textualmente: «En cuanto a Shakespeare, comparto enteramente su admiración. En mi primer viaje a Inglaterra, siendo muy joven y con muy poco dinero, todavía pude apartar unas libras para comprar sus *Obras Completas*, copia fiel de la edición de Oxford, con el mismo sistema de referencias. He vuelto a leer el Ricardo II, con todo detalle».

Pensaba yo que estos datos tan prolijos e innecesarios sobre mis *Obras Completas* de Shakespeare y el sistema de referencias le harían ver, si realmente el Dr. Herrera trataba de decirme algo, que podíamos utilizar ya un código con el que era relativamente posible la comunicación.

Esperé con ansiedad su carta y no traté, por el momento, de hacer ninguna averi-

bre rey, ascendido al trono a los diez años, casado a los quince, viudo a los veinticinco y que murió a los 33 años (probablemente se dejó morir de hambre) el V.v.1... (sé que fue el 5 de Mayo, pero no recuerdo si llegó al 1400 o murió antes del final de siglo). Me molesta no recordarlo exactamente porque las fechas son siempre de gran importancia. Siempre insisto en esto y recomiendo a los más jóvenes que presten gran atención a la historia y a estos detalles en apariencia nimios. Me pasa con esto como con las citas.

No acababa de comprender, en un hombre tan inteligente y preocupado fundamentalmente por las ideas como el Dr. Herrera, esta casi obsesión por detalles, como el de una fecha de fallecimiento, relativamente poco importantes. Por otra parte, espoleado por la curiosidad, consulté la biografía de Ricardo II y comprobé que, en realidad, había muerto en febrero, de 1400 exactamente, y no en mayo, como aseguraba el Dr. Herrera. De todas maneras, lo que llamó fundamentalmente mi atención fue el modo de escribir la fecha que había utilizado. Había escrito en números romanos tanto el día como el mes, lo que no es usual, con el carácter correspondiente al mes, más pequeño. Tal como había sido escrita la fecha me recordaba la forma normalizada y académica de citar las obras de Shakespeare y que él mismo había utilizado en una carta anterior. De repente, me vino una súbita inspiración. ¿Querría decirme algo el Dr. Herrera en clave, por broma o por cualquier otro motivo, a través del inagotable universo shakesperiano? Fui al Ricardo II, al acto V, escena v, versos I y siguientes, y, para mi sorpresa, me encontré con las palabras del rey:

*«I have been studying how I may compare
This prison, where I live, unto the world».*

This prison, where I live... Esta prisión donde vivo... Desde luego, estas palabras podrían ser un mensaje en clave. Quiero decir que, al menos, tenían un sentido y expresaban una realidad compatibles con una

secreta llamada de auxilio. También relacionaba con esto las frases anteriores de la misma carta, hablando de Shakespeare: «Todo está en él... Todos los enigmas, pero también todas las soluciones».

No había nada, al fin y al cabo, que indujera a pensar en ningún tipo de peligro o conflicto para el Dr. Herrera, que viviría, con toda seguridad, una vida tranquila y plácida en su finca. Es verdad que nadie había oído hablar de él en los últimos años, lo que resultaba extraño, siendo como era un hombre comunicativo y que había llevado una intensa vida social. Pero también su retiro era explicable, tras la muerte de su esposa y su edad avanzada. Considerando estos hechos, todo parecía absolutamente normal. Y, no obstante, un germen de duda anidó entonces en mi mente y ya nunca pude desterrarlo.

Decidí contestar su carta, aunque no requería contestación alguna, dándole alguna indicación sutil de que yo asumía la posible existencia de un código. Quería darle así una oportunidad de volver a utilizar la misma clave, si en realidad la cita de Shakespeare ocultaba alguna intención y tenía algún sentido. Si todo era una pura fantasía mía, tampoco yo desvelaba ninguna sospecha concreta por mi parte. Le di algunas noticias sobre la marcha de nuestra Asociación y al final escribí, textualmente: «En cuanto a Shakespeare, comparto enteramente su admiración. En mi primer viaje a Inglaterra, siendo muy joven y con muy poco dinero, todavía pude apartar unas libras para comprar sus *Obras Completas*, copia fiel de la edición de Oxford, con el mismo sistema de referencias. He vuelto a leer el Ricardo II, con todo detalle».

Pensaba yo que estos datos tan prolijos e innecesarios sobre mis *Obras Completas* de Shakespeare y el sistema de referencias le harían ver, si realmente el Dr. Herrera trataba de decirme algo, que podíamos utilizar ya un código con el que era relativamente posible la comunicación.

Esperé con ansiedad su carta y no traté, por el momento, de hacer ninguna averi-

guación adicional. Unas dos semanas más tarde me llegó una nueva carta que, para mí, no ofreció ya duda sobre el intento del Dr. Herrera de buscar ayuda a través de un código que yo, afortunadamente, había podido descubrir y utilizar. En efecto, tras algunos detalles accesorios, escribió:

¡Cuánto me alegra Dr. Redalva, que comparta mi entusiasmo por Shakespeare y sea capaz de leerlo en inglés! Por lo que me dice, la edición que tiene de sus obras es, a mi entender, valiosísima. Yo también sentí muy joven la pasión por su teatro. Recuerdo que la primera vez que vi una obra suya fue en Madrid, el 3.2.24 y se trataba de Macbeth. Ahí empezó todo y creo que mi vida cambió desde entonces. No pierda sus aficiones, ni su interés. Siempre es revelador releer a este autor inigualable.

Después de leer esta carta con lo que, me parecieron a mí, insinuaciones finales para seguir avanzando en mis pesquisas, me fui rápidamente a mi despacho, con la sensación de estar a punto de llegar a una solución definitiva para mis dudas. Me volvió a extrañar que el Dr. Herrera recordara tan minuciosamente la fecha en había visto Macbeth, hacía ahora casi tres cuartos de siglo. Pensé que se trataba de otra clave, simplificada ahora, al contar quizá ya con mis averiguaciones, y que con la fecha 3.2.24 me incitaba a buscar en el acto III, escena II, verso 24 de Macbeth. Recorrí febrilmente las páginas del libro para caer finalmente, yo creo que ya casi sin sorpresa, sobre el verso revelador:

Treason has done his worst: nor steel, nor poison...

Treason has done his worst... La traición hizo ya lo peor. Para mí ya no había dudas, el Dr. Herrera había sido traicionado y se encontraba de alguna manera prisionero en su casa de campo, en donde sólo le era permitido contestar la correspondencia con una estricta censura. Por supuesto que no tenía la menor prueba de todas estas sospechas y hasta pudiera ser que estuviera

completamente equivocado y todo fuera una frágil y caprichosa creación de mi fantasía. En la ciudad en que había vivido el Dr. Herrera, nuestra Asociación contaba con cinco socios más, a los que llamé por teléfono y pedí información directamente. Dos de ellos eran nuevos miembros y no habían conocido personalmente al Dr. Herrera, aunque naturalmente habían oído hablar de él, como casi todo el mundo en la ciudad. De los restantes, otros dos le habían conocido superficialmente, pero nunca habían tenido una verdadera relación de amistad con él. El último, el Dr. Sezano, sí lo había tratado algo más y me confirmó que, como yo mismo, había intentado infructuosamente llamarle por teléfono hacía tiempo y no sabía nada de él en los últimos tres o cuatro años. Pensó que quizá podía pasar largas temporadas con la familia de su mujer, en California, ya que él no tenía familiares directos. Nunca se le había ocurrido escribirle, viviendo en la misma ciudad y viendo además su casa permanentemente cerrada. Sólo una vez, desde el coche, vio salir de ella al administrador del viejo cirujano, al que apenas conocía y al que no pudo entonces preguntar. O sea, me repetía yo, el Dr. Herrera no habitaba su casa de la ciudad (demasiado grande para un hombre solo y seguramente llena de dolorosos recuerdos) y se había ido a vivir a la casa que había tenido siempre en un valle del Pirineo, a donde la correspondencia le llegaba, desde luego. No había nada de anormal en todo esto. Las citas de Shakespeare podían dar un sentido favorable a mi hipótesis de una situación anormal, pero quizá por puro azar. Sin embargo, yo había consultado la hemeroteca y Macbeth no se estaba representando el 3/2/1924 en Madrid, ni a lo largo de todo ese año. Naturalmente, también podía haberse equivocado el Dr. Herrera al fijar la fecha de su asistencia al teatro, cuando tenía menos de veinte años.

—¿Y por qué entonces tendría que contestar las cartas? —preguntó el inspector la primera vez que fui a la policía, cuando ya las dudas me hicieron poner en sus manos la

hipótesis que barajaba en torno al posible secuestro del Dr. Herrera.

—Bueno, los raptos pueden pensar que se podrían levantar sospechas de no hacerlo. En cambio, no hay ningún riesgo en permitirle contestar la correspondencia, siempre que la puedan ver y censurar previamente.

—Es posible. Y también puede ser todo una fantasía suya. Vd. me ha dicho que se dedica a escribir relatos, ¿no? —me dijo el inspector con una amable sonrisa—. En principio, es Vd. sospechoso. Puede inventar cualquier barbaridad y adornarla y hasta hacérmela creer después a mí. Yo no leo mucho a Shakespeare, pero sí leo bastantes novelas policíacas. Soy terreno abonado.

El inspector era un hombre joven y agradable, muy profesional, y en el que pude discernir desde el primer momento un muy fino sentido del humor. Me refí con su sugerencia y expuse una vez más mis argumentos. Para mí, el Dr. Herrera contestó mi primera carta, seguramente pensando ya en alguna posibilidad de comunicación en clave, como única vía para su liberación. Por ello insistió en que había que saber leer entre líneas, haciendo notar que «desgraciadamente, no se puede descubrir la verdad de otro modo». En su segunda, y al adivinar en mí, por las especulaciones matemáticas de mi contestación, una cierta mentalidad inquisitiva, fue preparando ya esa posibilidad y por ello dejó traslucir esa visión última tan triste y pesimista de la existencia, que le había llevado a una especie de cancelación brutal y cobarde de la vida —relativamente impensable en un hombre como él—, para que yo pudiera pensar que quizá algo no iba bien. Y también había recalado la importancia de citar exactamente «porque el propósito de una cita es remitir al original». En su tercera carta intentó establecer, con extraordinaria cautela, preocupado por sus censores, un código entre nosotros. Y en la cuarta utilizó dicho código plenamente, quizá ya con la seguridad de ser comprendido. Yo era el único interlocutor posible, seguramente; la co-

rrespondencia bancaria o mercantil deja pocas posibilidades para transmitir mensajes. El inspector, al final, me tranquilizó y prometió dar inmediatamente los pasos necesarios para llegar pronto al descubrimiento de la verdad.

No había pasado mucho tiempo cuando recibí una llamada suya. Habían hecho averiguaciones discretas y en la casa de campo del Dr. Herrera vivían los guardeses de la finca y nadie de los alrededores había visto nunca a ninguna persona más. El médico del lugar no había asistido a nadie en la casa, aunque la mujer tenía problemas de reuma y acudía a su consulta con cierta periodicidad, sin que jamás le hubiera mencionado nada sobre la estancia del Dr. Herrera en la finca. Sin embargo, a través de documentos notariales y del registro sí se había podido evidenciar la existencia de poderes muy amplios a favor del administrador y la venta de bastantes propiedades del Dr. Herrera a una empresa creada recientemente, cuyo presidente era el propio administrador, y en la que participaban algunos miembros de su familia y también el Dr. Herrera. En definitiva, ahora era la propia policía la que pensaba que la hipótesis de alguna forma de secuestro y violencia sobre el viejo médico era posible y había decidido una inspección de la casa, de manera sorpresiva. Me pidieron que les acompañara, si no tenía inconveniente, a lo que accedí gustoso. Y así hemos llegado hasta aquí, a punto ya de entrar en la casa de campo y contrastar definitivamente mis intuiciones.

Nuestro coche llegó hasta la puerta de entrada al recinto de la finca, que estaba cerrada. Hicimos sonar el timbre. A pesar de lo avanzado de la hora, apenas acababa de anochecer, ya que nos encontrábamos al principio del verano. Desde la casa, en donde había luz en una de las habitaciones, se nos rogó aguardar, a través del interfono, y pasaron dos o tres minutos hasta que una mujer mayor se acercó hacia nosotros y, sin abrir la puerta, nos preguntó qué queríamos.

Lo demás transcurrió casi como yo lo había imaginado en los últimos días. Tras la identificación de la policía, la mujer nos condujo sin hablar hasta la casa, en donde estaba sólo el marido. Cuando el inspector preguntó por el médico, el hombre contestó que ya estaba descansando, aunque se ofreció a llamarlo, si era necesario. Al responderle afirmativamente, subió al piso de arriba y pasados unos minutos apareció por fin un viejecito nervioso y asustado al que habría podido jurar que se le acababa de intimidar una vez más para que guardara silencio. Estaba mal vestido y aseado, débil y tembloroso, pero no necesitaba ayuda para moverse. Estuvo todavía desconfiado hasta que se identificaron ante él los dos inspectores, que le saludaron por su nombre, cariñosamente. En ese momento se le saltaron las lágrimas. Reparó después en mí, que había quedado un poco rezagado, y forzando una sonrisa, me dijo: «Supongo que eres el Dr. Redalva, el Secretario de Cormédar». Asentí emocionado y se encaminó entonces hacia mí para abrazarme: —Ha sido providencial que conocieras bien a Shakespeare y entendieras mi llamada de auxilio. Estaba a punto ya de renunciar, de abandonarme. He estado verdaderamente preso e incomunicado. Sólo podía salvarme aprovechando tus cartas y mediante una clave. Otras cartas me las obligaban a redactar en el sentido que ellos querían. No te imaginas las cosas que he tenido que escribir para evitar que me visitaran. Los guardeses son gente sencilla aunque corrompida, pero el administrador es astuto y extraordinariamente desconfiado. No podía recibir o enviar mi correspondencia sin que él la viera antes y la autorizara.

La policía hizo las diligencias oportunas y el Dr. Herrera recobró totalmente la confianza. Aunque desarreglado y todavía abatido, parecía gozar de buena salud. Estaba ya previsto que viniera con nosotros a la capital, donde llegaríamos hacia las dos de la mañana, y pasara la noche en un sanatorio, para ser reconocido el día siguiente. Me quedé con él hasta dejarlo metido en la cama, mientras la enfermera le daba las instrucciones para la jornada. Yo me iría al hotel, le dije, y volvería para acompañarle a la mañana siguiente. Al despedirme, porque lo había pensado así últimamente, cuando anticipaba lo que a mí me parecía la segura liberación del Dr. Herrera, recité sonriendo unos versos de Shakespeare:

«Los hombres alguna vez son dueños de sus destinos.

La falta no está en nuestras estrellas, sino en nosotros mismos».

Me miró, divertido y sonriente, y contestó, sin un titubeo:

—Julio César, acto I, escena II. Y has omitido el «querido Bruto». Porque, en realidad es:

«La falta, querido Bruto, no está en nuestras estrellas...».

—Bueno, querido D. Miguel, tampoco había que darle demasiadas facilidades, dije. Y me despedí, completamente feliz y algo orgulloso de mi sagacidad, hasta el día siguiente. ◀

Francisco Redondo Álvaro, Jefe del Departamento de Bioquímica del Hospital Central de la Cruz Roja, Madrid.
